



Cuando los católicos afirmamos que el pan y el vino se convierten verdaderamente en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo durante la Santa Misa, no estamos sosteniendo una doctrina medieval inventada siglos después de los Apóstoles. Tampoco se trata de una interpretación simbólica o de una devoción piadosa desarrollada con el tiempo. La fe en la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía hunde sus raíces en las palabras mismas de Nuestro Señor, en la enseñanza apostólica y en el testimonio constante de los Padres de la Iglesia.

Entre esos grandes testigos destaca una figura extraordinaria: **San Juan Damasceno** (también conocido como Juan de Damasco), uno de los más importantes teólogos de Oriente y uno de los últimos grandes Padres de la Iglesia. Vivió entre los siglos VII y VIII, mucho antes de que la palabra «transubstanciación» fuera definida oficialmente por la Iglesia en la Edad Media, y sin embargo enseñó con una claridad impresionante exactamente aquello que los católicos seguimos creyendo hoy.

Su enseñanza constituye una prueba histórica devastadora contra la idea de que la doctrina eucarística católica sea una innovación tardía. Al mismo tiempo, ofrece una profunda guía espiritual para los fieles de nuestro tiempo, que viven en una época marcada por la pérdida del sentido de lo sagrado y la disminución de la fe eucarística.

---

## ¿Quién fue San Juan Damasceno?

San Juan Damasceno nació alrededor del año 675 en la ciudad de Damasco, entonces bajo dominio musulmán.

Procedía de una familia cristiana influyente y recibió una educación excepcional en filosofía, teología, ciencias y literatura. Tras servir durante algún tiempo en la administración civil, abandonó la vida pública para ingresar en el monasterio de San Sabas, cerca de Jerusalén.

Allí desarrolló una inmensa labor intelectual y espiritual.

Es especialmente conocido por:

- Defender el culto a las imágenes sagradas durante la crisis iconoclasta.
- Sistematizar la teología patrística.
- Escribir obras fundamentales sobre la fe cristiana.
- Ser considerado uno de los mayores doctores de la Iglesia oriental.



Su obra más famosa, **La Fuente del Conocimiento**, constituye una de las síntesis teológicas más importantes de la antigüedad cristiana.

Lo notable es que, cuando habla de la Eucaristía, lo hace con una precisión doctrinal que parece anticipar las definiciones dogmáticas posteriores.

---

## La gran pregunta: ¿qué ocurre realmente en la Misa?

Esta cuestión ha acompañado a la Iglesia desde sus comienzos.

Cuando el sacerdote pronuncia las palabras de la consagración:

| *«Esto es mi Cuerpo»*

| *«Esta es mi Sangre»*

¿Sucede algo real?

¿O simplemente se trata de un símbolo?

Para San Juan Damasceno la respuesta era inequívoca:

**ocurre una transformación verdadera y sobrenatural.**

No estamos ante una representación, una figura o un mero recuerdo.

Estamos ante Jesucristo mismo.

---



# Las palabras de Cristo no son una metáfora

San Juan Damasceno parte de una idea sencilla.

Dios no miente.

Por tanto, cuando Cristo dice:

| *«Esto es mi cuerpo»*

no dice:

| *«Esto representa mi cuerpo».*

Cuando afirma:

| *«Esta es mi sangre»*

no está diciendo:

| *«Esto simboliza mi sangre».*

El santo escribe:

| *«El pan y el vino no son figura del cuerpo y la sangre de Cristo;  
¡Dios nos libre! Son el mismo cuerpo del Señor divinizado.»*

Esta afirmación resulta extraordinariamente fuerte.



No deja espacio para interpretaciones puramente simbólicas.

Para él, la Eucaristía es realmente Jesucristo presente bajo las apariencias sacramentales.

---

## El poder creador de la Palabra de Dios

San Juan Damasceno utiliza un argumento profundamente bíblico.

Recuerda que Dios creó el universo mediante su palabra.

El Génesis narra:

«Dijo Dios: *Hágase la luz. Y la luz se hizo.*» (Gn 1,3)

Si la palabra divina pudo crear el cosmos entero de la nada, ¿por qué no podría transformar el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo?

Para el Damasceno, la dificultad no está en el poder de Dios, sino en nuestra limitada comprensión.

La omnipotencia divina supera infinitamente las capacidades de la razón humana.

---

## La acción del Espíritu Santo

Un aspecto especialmente importante de la enseñanza de San Juan Damasceno es el papel del Espíritu Santo.

Explica que la transformación eucarística ocurre mediante la acción divina.

Escribe:



«El Espíritu Santo desciende y realiza aquello que supera toda  
palabra y todo pensamiento.»

Aquí encontramos un elemento fundamental de la teología oriental.

La conversión eucarística no es un fenómeno físico observable ni un proceso químico.

Es una acción sobrenatural realizada por Dios.

Los sentidos perciben pan y vino.

La fe reconoce al Salvador.

---

## Una enseñanza que anticipa la transubstanciación

La palabra «transubstanciación» aparecería siglos más tarde para explicar técnicamente esta realidad.

La Iglesia la definiría solemnemente en el Concilio de Trento frente a los errores protestantes.

Sin embargo, la doctrina ya estaba presente mucho antes.

San Juan Damasceno enseña exactamente lo esencial:

- El pan deja de ser pan.
- El vino deja de ser vino.
- Permanece únicamente la apariencia externa.
- La realidad profunda se convierte en Cristo mismo.

Eso es precisamente lo que posteriormente la teología latina llamará transubstanciación.

No cambió la fe.



Cambió únicamente el lenguaje técnico utilizado para describirla.

---

## El respaldo de las Sagradas Escrituras

La enseñanza de San Juan Damasceno no surge de una reflexión aislada.

Está firmemente anclada en la Escritura.

### El discurso del Pan de Vida

En el capítulo 6 del Evangelio de Juan, Cristo declara:

«Yo soy el pan vivo bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.» (Jn 6,51)

Los oyentes reaccionan escandalizados.

Sin embargo, Jesús no corrige una supuesta mala interpretación.

Al contrario.

Insiste aún más.

«Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida.» (Jn 6,55)

Estas palabras constituyen uno de los pilares de la doctrina eucarística.

---



## La Última Cena

Durante la Pascua judía, Cristo toma pan y vino y declara:

«Tomad y comed; esto es mi cuerpo.» (Mt 26,26)

«Bebed todos de él; porque ésta es mi sangre.» (Mt 26,27-28)

San Juan Damasceno considera estas palabras definitivas.

La Iglesia simplemente cree lo que Cristo dijo.

---

## San Pablo

El Apóstol enseña:

«Quien come el pan o bebe el cáliz del Señor indignamente será  
reo del cuerpo y de la sangre del Señor.» (1 Co 11,27)

Si la Eucaristía fuera sólo un símbolo, esta advertencia carecería de sentido.

Nadie puede hacerse culpable del Cuerpo y la Sangre de Cristo mediante un simple símbolo.

La gravedad del pecado demuestra la realidad de la presencia.

---



# Una respuesta para nuestro tiempo

Vivimos en una época marcada por una profunda crisis de fe eucarística.

Muchos bautizados:

- Ya no creen en la Presencia Real.
- Ven la Misa como una reunión comunitaria.
- Reciben la comunión sin preparación espiritual.
- Han perdido el sentido del misterio.

Ante esta situación, la voz de San Juan Damasceno resuena con una actualidad sorprendente.

Nos recuerda que el altar no es una mesa cualquiera.

La hostia consagrada no es un objeto religioso ordinario.

La Misa no es una representación teatral de la Última Cena.

Es el sacrificio de Cristo hecho presente sacramentalmente.

---

## Consecuencias prácticas para la vida espiritual

### 1. Recuperar el asombro

Si creemos verdaderamente en la Presencia Real, cada Misa debería ser un acontecimiento extraordinario.

No acudimos simplemente a escuchar una charla.

Vamos al encuentro del Rey del Universo.

---



## 2. Comulgar en estado de gracia

La enseñanza tradicional de la Iglesia permanece vigente.

Quien tiene conciencia de pecado mortal debe acudir primero al sacramento de la confesión.

San Pablo advierte:

«*Quien come y bebe indignamente, come y bebe su propia condenación.*» (1 Co 11,29)

La Eucaristía exige preparación espiritual.

---

## 3. Cuidar las partículas eucarísticas

Si Cristo está verdaderamente presente, incluso los fragmentos más pequeños de la Hostia merecen reverencia.

Esta convicción fue una constante en la tradición litúrgica de Oriente y Occidente.

---

## 4. Practicar la adoración eucarística

La lógica de la fe en la Presencia Real conduce naturalmente a la adoración.

Si Cristo está realmente presente, adorarlo fuera de la Misa resulta perfectamente coherente.

---

## 5. Vivir eucarísticamente

La comunión no termina al abandonar el templo.



Cristo entra en nuestra alma para transformarla.

La Eucaristía debe reflejarse:

- En la caridad.
- En la pureza de vida.
- En la oración.
- En la lucha contra el pecado.
- En la fidelidad a Dios.

---

## La impresionante continuidad de la fe católica

Uno de los aspectos más fascinantes de San Juan Damasceno es comprobar cómo su enseñanza coincide plenamente con la doctrina católica actual.

No encontramos una fe diferente.

No vemos una evolución doctrinal radical.

Observamos la misma fe expresada a lo largo de los siglos.

La Iglesia del siglo VIII creía lo mismo que la Iglesia del siglo XXI:

que Jesucristo está verdadera, real y sustancialmente presente en la Eucaristía.

La formulación teológica se perfeccionó con el tiempo.

La verdad creída permaneció inalterable.

---

## Conclusión: San Juan Damasceno nos invita a



## arrodillarnos

La gran lección de San Juan Damasceno no es solamente intelectual.

Es profundamente espiritual.

Su teología conduce inevitablemente a la adoración.

Ante el misterio eucarístico, la respuesta adecuada no es únicamente estudiar.

Es creer.

Es amar.

Es adorar.

En una cultura que ha perdido el sentido de lo sagrado, el santo de Damasco nos recuerda que cada vez que asistimos a la Santa Misa sucede el milagro más grande de la tierra: Cristo mismo se hace presente sobre el altar.

Por eso, cuando contemplemos una Hostia consagrada, deberíamos recordar las palabras implícitas de toda la tradición católica, desde los Apóstoles hasta San Juan Damasceno:

**No estamos ante un símbolo. No estamos ante un recuerdo. No estamos ante una representación. Estamos ante Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, oculto bajo las humildes apariencias del pan y del vino para permanecer con nosotros hasta el fin de los tiempos.**

Y si esto es verdad —y la Iglesia ha confesado esta verdad durante veinte siglos— entonces toda nuestra vida debería girar en torno al Sagrario, porque allí nos espera Aquel que dijo:

«Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20).